



EDITORIAL  
UCALP

# Cuentos del alma

Pabellones literarios para la libertad

Colección  
VOCES  
DESDE  
DENTRO

# Cuentos del alma

Colección  
**VOCES  
DESDE  
DENTRO**



# Cuentos del alma

Pabellones literarios para la libertad



EDITORIAL  
**UCALP**

Vieczn, Darío

Cuentos del alma : pabellones literarios para la libertad / Darío Vieczn ;  
Compilación de Darío Vieczn. - 1a ed. - La Plata : Universidad Católica de La  
Plata, 2025.

Libro digital, PDF - (Colección Voces desde adentro)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3736-75-9

1. Narrativa. 2. Poesía. I. Vieczn, Darío, comp. II. Título.  
CDD A860

© Editorial UCALP

Diag. 73 N.º 2137

C.P. 1900 - La Plata, Buenos Aires

editorial@ucalp.edu.ar

www.ucalp.edu.ar/editorial

ISBN 978-987-3736-75-9

Impreso en Argentina.

Impreso en el mes de abril de 2025 en la Editorial UCALP.

Fotos de tapa: Emmanuel Phaeton (Unsplash)

Marion Botella (Unsplash)



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative

Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

# Índice

<b>Prólogo</b>	☛ Roberto Alfredo Conti	9
<b>Introducción</b>	☛ Darío Viecenz	11
<b>El relato de Carlos</b>	☛ Matías Ballón	13
<b>El valor del tiempo</b>	☛ Pablo Cerruti	17
<b>Mi vida</b>	☛ Alejandro Paredes	21
<b>Los valores de un cartonero</b>	☛ Gabriel Gaona	29
<b>Desde el abismo</b>	☛ Pablo Cerruti	33
<b>El esfuerzo de un padre</b>	☛ Cristian Aquino	37
<b>Dos amigos</b>	☛ Fernando Magaldi	41
<b>Lazos de unión</b>	☛ Julián Simberg	45
<b>Campo siniestro</b>	☛ Nicolás La Blunda	47
<b>La vida del campesino</b>	☛ Franco Olmos	51
<b>La historia del primo</b>	☛ Diego González	55
<b>Ilusión de potrero</b>	☛ Martín Galeano	59
<b>Perdido en el misterio</b>	☛ Jesús De Souza Calleros	61
<b>El cuento del zurdo</b>	☛ Guillermo Almaraz	63
<b>El curandero</b>	☛ Carlos Vilchez	67
<b>La historia de Joan</b>	☛ Alejandro Paredes	73
<b>Cosas de la vida</b>	☛ Guillermo Francolino	79



DEDICATORIA

*A Julia Lescano, en su memoria.*



## Prólogo

Agradezco la oportunidad que me brindan de poder escribir estas líneas, especialmente a los muchachos del Pabellón Literario 1 de la Unidad 32, como también a sus talleristas, a los padres Darío y Carlos, que hacen posible esta realidad. Gracias, además, a la UCALP por su compromiso por los más vulnerables.

Esta antología de cuentos esboza el trayecto de un pabellón que fue enriqueciéndose con la experiencia del programa “Pabellones literarios para la libertad”. Dicho taller lleva alrededor de dos años en este grupo de la Unidad 32, y sus integrantes, durante ese tiempo, cultivaron distintas herramientas de producción y elaboración, además de asistir a los talleres de alfabetización para ofrecer los aprendizajes primarios de la lectoescritura.

El fruto de todo ese recorrido es este libro, donde nos encontramos cuentos basados en experiencias de vidas, en temas o enseñanzas sobre los que el tiempo de detención los ha llevado a profundizar, reflexionar y rezar.

Me resulta muy interesante lo transmitido por los escritores, pues narran la realidad que les tocó vivir. Toman, en muchos casos, el dolor y lo transforman en amor. Varios de ellos han logrado encontrar contención, valores y saberes en este programa, el cual sigue ramificándose, y espero que así continúe para evitar tener pibes que pasen por un sistema penal.

Además, como menciona uno de los cuentos, es de vital importancia la educación. Entiendo que ese es el camino; el camino para poder revertir determinadas cuestiones. Sostengo que el conocimiento genera poder. Luego ese conocimiento es muy difícil de revertir.

Que este primer paso que están dando como producción les dé ánimo y les permita seguir creciendo y profundizando su desarrollo personal y educativo. Que los libros sean las herramientas y las nuevas “armas” con las que puedan defenderse y seguir avanzando.

**Dr. Roberto Alfredo Conti**

Juez del Tribunal en lo Criminal N.º 7  
Lomas de Zamora

## Introducción

El presente libro es una obra realizada dentro del programa “Pabellones literarios para la libertad” en el pabellón N.º1 de la Unidad 32. Durante varias semanas, se organizaron en grupos e individualmente para escribir cuentos y relatos, basados en diferentes valores y temas que cada uno quería contar.

La experiencia del compartir posterior y el mensaje de cada uno fueron lo más maravilloso. En cada relato, encontraremos elementos que están atravesados por los procesos vitales de muchos jóvenes y adultos privados de la libertad: su relación con las familias, sus historias de vidas, deseos, sentimientos, entre otros.

Poder realizar esta primera antología de cuentos y relatos muestra todo el progreso que el programa ofrece a cada uno de los privados de la libertad. Es una gran herramienta que les permite ir más allá de las rejas y los muros. Es poder conectar con sus emociones, sus recuerdos, sus familiares y expresar líneas cargadas de valores y sentimientos. Es realizar trazos cargados de mucha vida y deseo. Es demostrar que la humanidad sigue desarrollándose y profundizando su misterio dentro de las realidades más vulnerables y complejas de nuestra sociedad.

Las unidades penitenciarias son muy castigadas a nivel social, y este tipo de proyectos anima e invita a repensar sobre este mundo tan complejo pero lleno de humanidad y

misericordia, lleno de perdón y amor, con mucha presencia de Dios y de lo humano.

Los invitamos a recorrer estos primeros cuentos, de muchos, en busca de lo que cada uno quiere transmitir, animándonos a vivir con empatía la experiencia del dolor y la historia del prójimo.

Quisiera, antes de terminar estas líneas, dedicar este texto a Julia Lescano, quien supo incentivar, animar y empujar este programa. Somos fruto de su entrega, de su testimonio y de su vida. Su memoria nos invita a seguir adelante y luchar para que cada uno de los privados de la libertad puedan siempre tener “un libro en vez de faca”; puedan tener libertad en vez de confinamiento; puedan tener vida en vez de muerte.

Gracias, Julia. siempre te recordaremos y extrañaremos.

**Darío Viecez**

Sacerdote y capellán de la Unidad 32  
Florencio Varela  
Diócesis de Quilmes

## El relato de Carlos

---

**Matías Ballón**

Carlos tenía una familia numerosa, compuesta por doce hermanos, y doce era la edad que tenía cuando comenzó su vida delictiva. Su familia no lo comprendía, y lo discriminaba y apartaba por sus malas juntas.

Las diferencias con el resto de sus hermanos eran notorias: ellos tenían más oportunidades, otro trato, hasta otros juguetes. Y esto hacía que se preguntara por qué sus padres no tenían la misma relación con él, por qué no lo trataban igual que a sus hermanos.

Los sentimientos de Carlos eran muchos, la tristeza y la angustia se apoderaban de toda su vida. Él solo necesitaba el abrazo de ellos, sentir que no era diferente, que no lo miraban ni trataban con desprecio; quería seguir adelante y no salir a la calle porque sus padres no lo escuchaban, ni a él ni a sus problemas o necesidades.

En esta soledad, Carlos contaba con una vecina, Cristina, que le brindaba el oído atento para escucharlo y contertenerlo. Carlos se sentía un hijo, y eso lo motivaba y le daba fuerza para seguir adelante.

Pero los pensamientos volvían a su cabeza y corazón, él seguía necesitando el abrazo de sus padres. Muchas ve-

ces se preguntaba si había sido un hijo no deseado. Muchos eran los sentimientos.

La imagen de sus hermanos tomando caminos diferentes gracias al estudio y el trabajo motivó a Carlos a trabajar también, desde el silencio, sin que su familia se diera cuenta. Las cosas que iba logrando Carlos no eran por el fruto de la vida delictiva, y eso lo enorgullecía. Pero sus padres seguían sin prestarle atención, sus hermanos siempre le llevaban la delantera, y esto hacía que en Carlos siguieran los sentimientos de angustia y depresión.

Él no entendía. Qué difícil es para un niño de doce años pasar por eso, ser invisible para sus padres, como si no existiera. Pero estaba su vecina Cristina; ella lo escuchaba, le podía contar cosas, hasta que había empezado a fumar. Pero, al regresar a casa, todo volvía a ser igual. Su padre le pegaba y castigaba por estar con los ojos rojos, pensando que se drogaba; Carlos solo necesitaba que lo escucharan, no angustiarse; pero no le dejaban explicar que esos ojos rojos eran por estar todo el día en el agua. Quería poner palabras a lo que él vivía en su cotidianidad, pero sus padres trabajaban todo el día, y cuando él quería hacer escuchar su voz, su familia, los suyos, creían más lo que decían los vecinos.

Los silencios continuaron, y la niñez de Carlos se esfumó. Esto dio paso a un niño que maduró, golpeado por la vida, pero que lo animó a formar su propia familia.

Carlos aprendió de golpe, desde su propia experiencia, de aquello que no quería repetir, eso que para él fue una gran piedra en su camino. A sus hijos les brindó amor y

dedicación. Se enseñó a él mismo y a sus hijos cómo debía ser el amor de un padre.

Hoy Carlos pasa mucho tiempo privado de su libertad, pero pronto recuperará ese tiempo, recuperará su vida, esa vida donde lo esperan sus hijos y su mujer con los brazos abiertos; donde se volverá a sentir abrigado por el amor, aquel que supo construir en su familia a fuerza de golpes de la propia vida.



# El valor del tiempo

---

Pablo Cerruti

Trabajo en el microcentro, casi en plaza de Mayo, el corazón de la capital. A diario camino las pocas cuadras que me separan de la avenida 9 de Julio para tomar el colectivo que me lleva hasta Avellaneda, donde vivo.

Algunos de esos días desvíó mi camino para observar la belleza de una ciudad que me apasiona, desde su historia, su cultura hasta su intrigante arquitectura que confluye en un pasado de tranvías junto con un presente tecnológico en las calles empedradas de San Telmo, donde el tango se baila con pasión y desvelo. Caminito, con sus casas de mil colores que se encuentran estampadas en los lienzos de don Quinquela, al lado de un barrio que transpira fútbol. La avenida de Mayo, con su esplendor y majestuosidad, refleja la grandeza de esta ciudad sin igual.

Todos los días recorro esas cuadras acompañado de una voráGINE de personas que no conozco. Cada una de ellas, sumida en sus problemas, con los oídos tapados por su iPhone.

Siempre fui muy observador, pero enfoqué mi mirada continuamente hacia arriba, despreocupado por lo terrenal, como si lo importante siempre estuviera por encima de mis ojos.

Ese andar inconsciente y soñador me hizo tropezar con una persona que estaba justo allí abajo donde mi mirada no estaba atenta. En mi caída estrepitosa y torpe, desparrramé un sinfín de anotaciones de mi carpeta. Junté todo lo más rápido posible, intentando escapar de la vergüenza, y así proseguir mi camino con una disculpa acelerada y fugaz.

Fue entonces que me encontré con la mirada contemplativa de una mujer mendiga que vestía harapos. Su figura se veía encorvada. Su rostro reflejaba el paso del tiempo, surcado por arrugas profundas que escondían una vida llena de penas y luchas... Tal vez fue madre, amante, hija de esperanzas.

Intenté compensar mi torpeza dejando algunas monedas en su lata vacía y oxidada, que se hallaba allí como parte de sus pocas pertenencias, pero, en un movimiento rápido, puso su mano arrugada en la boca de la lata, y me habló con un tono calmado y apacible:

—No puedes dejar en esta lata lo que yo necesito. —Y me retiró la mirada como invitándome a que me fuera de allí.

¿Cómo olvidar aquellas palabras? Quedaron resonando en mi cabeza. La veía en las noches acurrucada en esa esquina olvidada, entre las sombras y el frío.

Decidí que al día siguiente debía volver allí, debía desentrañar esa paradoja... aquella de que nadie le podía dar lo que ella necesitaba para llenar esa lata vacía.

Apresuré esas pocas cuerdas que me separaban del colectivo hasta donde se encontraba ella. Al verla, sin mediar palabras, me senté a su lado y comencé a narrar la historia de mi vida, acerca de mi familia, mis hermanos,

anécdotas vividas... La mirada penetrante de sus ojos color ámbar jamás abandonaba los míos; me sorprendían, pero yo no interrumpía mi relato, y algunas veces ella asentía con la cabeza. Llegué a descubrir en sus labios una mueca de alegría, siempre sin detenerme, y en ocasiones afirmaba con la cabeza como si su vida tuviese alguna similitud con la mía.

Casi sin darnos cuenta, nos atrapó el atardecer rojizo de septiembre. Intenté levantarme para irme. Continuaba sin saber lo que necesitaba, no sabía siquiera su nombre. Ella agarró mi mano con una fuerza inusual y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Hoy has podido llenar esa lata, porque, desde tu corazón, me has dado lo que nadie puede dar, tiempo.



*El valor del tiempo que le brindamos a los demás jamás el dinero lo comprará.*

*Dedicado a todas aquellas personas cuya lata vacía no he podido llenar, y a las que ya no están y con quien espero poder compartir mi tiempo en la eternidad.*



# Mi vida

---

## Alejandro Paredes

Mi nombre es Alejandro, nací el 1 de febrero de 1992, hijo de padres jóvenes. Recuerdo que mi infancia no fue tan buena: vi a mis padres pelearse, separarse, y luego reunirse... Todo debido a lo jóvenes que eran. Viví una corta parte de mi vida con mi madre, exactamente seis años, hasta que tomó la decisión de irse y abandonarme en la casa de mis abuelos, con quienes me quedé a vivir.

Mi padre, siendo adolescente, pasaba poco tiempo conmigo. Fue mi abuelo quien me crió y con quien compartí gran parte de mi vida, toda mi infancia y adolescencia. Él falleció en enero de 2008. Fue más que un abuelo; fue un padre para mí: me cocinaba, me bañaba cuando era niño, me acompañaba a la escuela... en pocas palabras, me educaba. Hoy, que ya no está, lo extraño mucho y lo necesito, pero tuve que seguir adelante.

Después de ese suceso, comencé a vivir con mi padre, mis hermanos y mi madrastra. En ese tiempo, seguí estudiando hasta que tomé la decisión de abandonar la escuela secundaria para trabajar en la agencia de autos usados de mi padre. Mi tarea era mantener los autos en condiciones para la venta al público, pero la vida, nuevamente, me jugó una mala pasada. Mi padre fue detenido en 2009, y la

agencia se cerró temporalmente, con los autos adentro. A pesar de lo sucedido con mi padre, comencé a delinquir y a vivir una vida equivocada.

En 2010, tenía dieciocho años y solía visitar a mi papá en la cárcel; le llevaba comida y elementos de aseo, todo lo que podía conseguir con dinero obtenido ilegalmente. Él siempre me preguntaba: "Hijo, ¿de dónde obtuviste este dinero?" y yo le respondía que con un ingreso que me había ganado. Nunca le dije que provenía de mis amigos, que también vivían de forma ilícita. Les vendía mercaderías u objetos robados.

No pasó mucho tiempo antes de que mi mentira quedara al descubierto. A finales de marzo de 2010, mi padre recuperó su libertad, y pocos días después, muchos de los compañeros con los que yo había estado delinquirando también perdieron su libertad.

Recibí una llamada de un establecimiento penitenciario. No recuerdo si la atendió mi madrastra o mi padre, pero era uno de mis amigos, Alexis. Me avisaron que tenía un llamado en línea. Cuando atendí, me preguntó cómo estábamos. Me pidió que le comprara tarjetas telefónicas con control para cargar su celular, y poder hablar con su familia y amigos. Accedí a su pedido.

Mi padre solo observaba lo que hacía, sin dar opinión. Pasados unos días, volvió a llamar Alexis y pidió nuevamente tarjetas telefónicas. Fue entonces cuando mi padre me insinuó:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Ese chico siempre te pide tarjetas? Parece que estás obligado, ¿o eras compañero de él?

Traté de convencerlo de que no era así, pero él me miraba desconfiado. Tenía miedo de decirle que Alexis era mi compañero en los delitos que cometíamos.

No pasaron muchos días antes de que mi amigo volviera a llamar. Yo no estaba en casa, pero mi padre atendió la llamada. Luego él me llamó a mi negocio de compra y venta de objetos usados que tenía con mi hermano Leo, y me pidió que regresara a casa. Cuando llegué, me preguntó por qué le mentía. Le respondí que no era así. Él me dijo que Alexis había hablado con él y le había confirmado que era mi compañero. Por eso se comunicaba conmigo siempre, pidiendo tarjetas o ayuda para su familia. Ante esa afirmación, no supe qué decir.

Mi padre, entonces, me dijo:

—Vamos a tomar un café y charlemos entre hombres, porque ya lo eres, tienes dieciocho años.

Acepté y salimos en el auto, no recuerdo si el suyo o el mío, a un bar café que siempre íbamos, al Tano José. Allí, tomamos unos deliciosos cafés capuchinos con crema y unos tostados de jamón y queso con pan de pebete.

Fue en ese momento que hablé con mi padre y le fui totalmente sincero. Le dije que había hecho cosas malas porque no quería que él, mi madrastra ni mis hermanos sufrieran por las necesidades que pasamos cuando era más pequeño. Mi padre me respondió que ya no era necesario, que no debía hacer nada de mi parte, porque ahora estaba con él y no quería que nada me pasara. Le respondí que sí, para dejarlo conforme, pero internamente sabía que mentía. Me había acostumbrado al dinero fácil y seguía con lo mío.

En 2011, mi padre recibió a unos amigos que venían huyendo de una persecución policial con tiroteos. Al acogerlos, vio que venían con el auto lleno de agujeros y sus compañeros heridos de bala. Yo estaba en mi negocio y fui a ayudarlos a salir del lugar porque estaba mi hermano menor, y la policía junto con la DDI recorrían el área buscando a los heridos.

Logramos llevar a los heridos a la casa de un enfermero. Cuando oscureció, mi madrastra nos avisó que una camioneta blanca con vidrios oscuros estaba estacionada frente a la casa, bloqueando la entrada. Mi padre le pidió que les preguntara quiénes eran. Como ella tenía miedo, mi hermano menor tomó valentía y salió a preguntarles. Le respondieron que eran de la brigada de ICP y que esperaban la orden del fiscal para ingresar y allanar la casa. Sabían que dentro de la casa estaba el auto baleado involucrado en el robo y tiroteo de la mañana. Mi hermano entró rápidamente a la casa y le contó a mi padre.

Mi papá me dijo:

—Se pudrió todo, hijo. Van a reventar la casa por el problema de estos chicos.

Al escuchar eso, quedé en *shock* y le dije que me iba para casa rápidamente. Estaban mis hermanos dentro y no sabía qué iba a pasar. Cuando llegué, vi la camioneta policial y a un agente parado en el portón de mi casa mirando hacia adentro. Grité:

—¡Eh! ¿Qué mirás hacia mi casa?

El policía me respondió que estaban esperando la orden del fiscal para entrar. Le pedí que se alejara del portón, ya que mis hermanos estaban dentro.

Entré a mi casa con el único propósito de hallar armas escondidas en el auto de mis compañeros. Las encontré rápidamente, las guardé en una mochila y las escondí. Luego se las pasé a mi vecino y le pedí que las guardara sin que los policías se dieran cuenta.

Mi padre volvió a su casa con la intención de solucionar el problema. Durante la conversación con la policía, le pidieron una suma de dinero para resolver el asunto. Mientras él hablaba afuera, estábamos todos dentro, pensando qué hacer. Decidí salir y acompañarlo. En ese momento llegó una camioneta Renault Duster blanca, cuyo conductor bajó y nos preguntó quién era el dueño de la casa. Mi padre, irónicamente, le respondió:

—¿Me estás cargando?

El chofer era el mismo policía que antes había pedido el dinero. Ahora, más formal, volvió a preguntar lo mismo, y mi padre le afirmó que era el dueño de la casa.

De inmediato, el policía lo redujo, lo esposó y comenzó otro calvario para nosotros. Llegó un fiscal y se realizó el allanamiento de la casa, donde encontraron el auto involucrado en el tiroteo.

Mi padre, con antecedentes penales, tuvo que enfrentarse al fiscal, quien lo acorralaba con artimañas judiciales. Lo acusaron de ser partícipe del hecho, y todos los adultos que estaban en la casa fueron detenidos. Los dos fuimos juntos a la comisaría de Moreno. Mi madrastra y la señora Nelly, que hacía las tareas domésticas, fueron en otro vehículo al mismo lugar.

Al día siguiente, fuimos todos a declarar. Ocho días después, todos quedaron en libertad, excepto mi padre. Yo

ya había hablado con él y le había dicho que no se preocupara por la familia, que me haría cargo de todo. Él me aconsejó que vendiera un vehículo para cubrir los gastos y que no descuidara el negocio familiar.

Continué mintiéndole a él y a mí mismo, usaba las armas que había escondido. Comencé a delinquir con mis amigos, lo que me llevó a irme de casa. El dinero que ganábamos lo dividía y se lo llevaba a mi familia para que tuvieran lo necesario.

No pasó mucho tiempo hasta que mi madrastra le dijo a mi padre que me estaba comportando de manera equivocada. Él me llamó desde la cárcel, preocupado, y me pidió que fuera a verlo. Nunca fui, porque sabía que no estaba haciendo lo que me había pedido.

Tenía miedo de su reacción, no porque me fuera a pegar, sino porque lo respetaba mucho. Seguí haciendo lo mismo, hasta que un día, tres meses después de su detención, me llamó llorando. Me dijo que no quería que terminara como él, o muerto en una zanja. Yo también lloré y le prometí que iría a visitarlo.

Al final, lo hice, y compartimos un buen rato juntos. Ese día marcaría un antes y un después en mi vida. A partir de ese momento, cambié mi manera de pensar y decidí tomar decisiones más responsables.

Aunque seguía siendo joven e inmaduro, comencé a reflexionar, en parte gracias a mi esposa, quien me ayudó a querer ser alguien en la vida. Juntos formamos una familia, y aunque ella no sabía lo que yo había sido, me apoyó siempre.

Hoy, a mis treinta y dos años, me doy cuenta de lo afortunado que soy al tener una compañera incondicional que me dio dos hijos hermosos. Sigo buscando mi libertad, estudiando y trabajando en mejorar para ser un buen esposo, padre y hombre de bien.

Mi mayor logro en la vida es la mujer que tengo, que siempre tuvo razón en las cosas que me decía, aunque yo nunca la escuché al principio. Hoy la escucho más, porque siempre me aconseja para el bien de nuestra familia. Ella nos ha sacado adelante. Sin mi presencia, terminó la construcción de nuestra casa, compró su negocio y hoy vive con estabilidad.

Como esposo, ahora sé que debo ser más compañero y un buen padre. Tengo dos hijos varones hermosos que me aman, y una hija adolescente, a quien amo con todo mi corazón. Aunque no es de sangre, como dice el dicho: "Padre no es el que los hace, sino el que los cría". Ella me hace sentir muy querido.

Mi mayor deseo es recuperar mi libertad para poder encontrar la felicidad plena y ser el hombre que mi familia merece. Aún tengo mucho por hacer y aprender, pero confío en que seré un buen esposo, padre y ciudadano honrado.

Me despido por medio de estas líneas, espero haberles transmitido mis sentimientos.



## Los valores de un cartonero

---

Gabriel Gaona

Era una mañana de invierno en el barrio Los Monos, precisamente un lunes. Alfonso, el cartonero, como todos los días, salía a las 6.00 a. m. a juntar cartones, botellas de plástico, cobre, y todo aquello necesario para generar dinero dignamente para su hogar, donde doña Julia lo esperaba con un plato de comida caliente.

De repente, como el ruido de una tormenta que llega sin avisar, mientras disfrutaba de un guiso de arroz con pollo, cocinado por doña Julia, se escucharon los gritos de Fabián, el costurero del barrio, su vecino. Gritaba con desesperación:

—¡¡¡Ayuda!!! ¡Atropellaron al Colo!

El Colo era el ciclista del barrio, muy amigo de Alfonso. Cada vez que el carro necesitaba un arreglo, siempre lo hacía él, ya que era su herramienta de trabajo.

También llegó Papucho, con su Peugeot 504 color rojo, para auxiliar al Colo. Papucho era dueño del merendero Caritas Negras del barrio Los Monos, donde todos los días los chicos y vecinos concurrían a buscar una bandejita de comida. Y en aquel auto rojo salieron cual ambulancia de barrio hacia el hospital.

Llegaron todos a la clínica: Compadre, el hijo de Alfonso; Papucho; Alfonso, y el atropellado. Allí lo atendió la tía Paula, hermana de Alfonso, que trabajaba en ese lugar.

Como familia todos aguardaban el parte médico. El Colo había sufrido fractura de tibia y peroné. Debía quedar internado durante tres semanas y sería la tía Paula quien lo asistiría. Alfonso, Compadre y Papucho volvieron a su casa en el auto.

Ya era la mañana del día siguiente, comenzaba a amanecer, lloviznaba y hacía frío. Alfonso preparó el carro como todos los días para ir a trabajar.

Al mediodía, Alfonso fue al hospital a visitar al Colo, su amigo de toda la vida. Le llevó un jugo y un sándwich, que compró con el dinero que había ganado en esas pocas horas de trabajo.

El sol comenzó a caer, y oscurecía de a poco. Alfonso volvió a casa con poco dinero, ya que había invertido casi todo lo obtenido en comprarle algo a su amigo que se encontraba internado en el hospital.

—Papá, ¿por qué no volviste con la pelota que me habías prometido? —dijo como recriminándolo.

Alfonso sentó a su hijo para explicarle el motivo que causó que no cumpliera su promesa.

—Hijo, hice mi mayor esfuerzo por cumplir lo que he prometido. Muchas veces las cosas no salen como las esperamos. Hoy el Colo, amigo de toda la vida, está pasando un mal momento. Pasé por el hospital a llevarle algo para comer y beber, y así lo haré todos los días hasta que pueda volver a su casa —le dijo a su hijo—. Nunca tienes que

olvidarte de las personas buenas, aquellas que te dan una mano sin esperar nada a cambio. Gracias al Colo, todos los días tengo el carro en condiciones para poder salir a trabajar, poder traer dinero a nuestro hogar y tener un plato de comida sobre la mesa.

A la mañana siguiente, Alfonso salió a trabajar como de costumbre. Al mediodía, pasó por el hospital a visitar a su amigo, llevarle comida y una manta que le hacía falta.

Saliendo del hospital, se cruzó con un viejo conocido: Braian, el motochorro, acompañado de su nueva moto negra, una Gilera Smash 110, quien le preguntó:

—¿Qué es de tu vida? ¿Cómo te está yendo en tu trabajo?

Alfonso le respondió:

—No tan bien como quisiera, pero ¿qué le vamos a hacer? Hay que ponerle el pecho a la situación.

Entonces, Braian le propuso un trabajo para ganar dinero de manera fácil, en lugar de tirar del carro doce horas. Alfonso le agradeció, pero le explicó que prefería empujar su carro doce horas sabiendo que, al volver a su casa cada noche, lo esperaban su hijo y su mujer. Braian respetó su opinión, pero finalizó su diálogo diciendo que, si algún día necesitaba dinero extra, podía encontrarlo en lo del viejo Pablo, amigo de la infancia de ambos.

Alfonso volvió a agradecerle, pero le informó que seguiría con su trabajo de cartonero; así su hijo podía sentirse orgulloso del esfuerzo que realizaba día tras día dignamente para llevar un plato de comida.

Volviendo hacia su casa, Alfonso pasó por el kiosco del uruguayo y compró caramelos a Compadre. En la casa lo esperaba doña Julia con una sopa bien caliente, para combatir el frío de aquel invierno. Después de cenar, Alfonso le dio los caramelos que había comprado a su hijo y decidió contarle aquella situación que había vivido por la tarde.

—Hijo, hoy saliendo del hospital, me he encontrado con un viejo conocido. He pasado por una situación y quiero contártela. Al salir de este lugar, me crucé con un vecino de antaño que me propuso ir a robar para ganar dinero extra. Cartoneando paso doce horas y no gano tanto dinero... Quisiera que entiendas que situaciones como estas se te van a presentar miles de veces. Y tienes que ser fuerte para no caer en la tentación. Mis padres me inculcaron valores con los que he crecido. Hoy en día camino con la frente en alto, con respeto y humildad por donde voy. Me gustaría que crezcas con los mismos valores que tus abuelos nos dejaron como enseñanza, y, por más adversas que sean las situaciones, no tropieces con la piedra que se ponga en tu camino. Te hablo para que el día de mañana, si se presentan en tu vida malas propuestas, estés preparado y seas fuerte para seguir por el buen camino, teniendo por seguro que todo esfuerzo va a tener su recompensa.

Semanas más tarde, el Colo volvió a su casa, ya que le habían dado el alta médica. Como sorpresa, todos sus amigos le prepararon una rica comida...



*No todo entra por los ojos.*

*Un cartonero, humilde, con respeto, valores y principios, puede tener más riquezas que una persona millonaria.*

## Desde el abismo

---

Pablo Cerruti

En la antigua Alemania, un país en guerra, Rudolph, de cuarenta y nueve años, se ganaba el sustento trabajando como ferroviario, y Greta provenía de una familia judía ortodoxa, con cierto renombre en la comunidad. Juntos llevaban casi veinticinco años casados, con tres hijos: Aarón, de doce; Sarah, de nueve, y Jacob, de tan solo cinco años. Armaron un hogar con mucho sacrificio en uno de los barrios menos populares de Berlín, donde en su mayoría eran casas bajas de clase obrera; llevaban una vida apacible, con sacrificios, aunque habían conseguido lo que siempre soñaron, una familia.

Pero su vida tal cual la conocían desaparecería de forma inesperada, incomprensible y absurda. Un 3 de septiembre de 1939, cuando Francia e Inglaterra le declaraban la guerra a Alemania, nadie podría imaginar lo que sucedería, nada haría sospechar que la contienda bélica se trasladaría a las calles. La realidad como una bofetada.

Vieron marchar columnas de soldados, camiones repletos de ellos, y los tanques que dejaban su huella en el asfalto. Los sonidos de las sirenas eran el anuncio de un final inevitable, ya nadie estaría seguro en ninguna parte. Como una especie de estrategia, los enemigos destruyeron

gran parte de las vías férreas, y las escuelas e iglesias se convirtieron en centros de refugiados.

Así fueron pasando los días y las semanas bajo un manto de horror y muerte. La radio transmitía los movimientos de la avanzada enemiga, pero en las voces de la ciudad corría el rumor de la matanza y persecución nazi hacia el pueblo judío. El enemigo estaba en casa.

No habían terminado de digerir la realidad cuando una bomba destruyó por completo su casa. Entre los escombros y el polvo, salieron todos ilesos, pero es ahí cuando comenzó la odisea de correr por sus vidas. Rudolph corría, perseguido por su hijo mayor Aarón, que perdió de vista a su madre y hermanos. No era tiempo de pensar y analizar nada, correr era la única alternativa. El paisaje se tornaba aún más sombrío al tener que esquivar las ráfagas de los fusiles y los cadáveres diseminados por toda la ciudad; no dejaban ver los escombros y el polvo, el humo en los edificios y las casas en llamas. La desesperación le ganaba a la razón.

Al doblar en una esquina, se encontraron con una barricada nazi y frente a frente con un soldado que los miraba fijamente mientras llevaba su fusil en dirección a ellos. Aarón sintió como si el mundo se paralizara en ese mismo instante; la cara inexpresiva de su padre en un gesto de resignación. Se encontraba cara a cara con la muerte.

En un acto de arrojo, Rudolph abrazó a su hijo y le dijo que corriera hacia un cráter producto de las bombas. El niño hizo caso y pudo sentir que caía, entre rocas y barro, en un túnel subterráneo. Sin saber si su padre había sobrevivido, corrió en la oscuridad con miedo y confusión.

El corazón le latía con fuerza; todo era silencio y quietud, nadie lo perseguía, solo se podía escuchar el sonido de sus pasos.

Se dio cuenta de que estaba solo; lo invadió la angustia e incertidumbre de aquel lugar. Comenzó a recorrer el túnel lleno de pasajes, bifurcaciones y cámaras secretas. Encontró comida que dejaban los nazis, y las vías de escape que utilizaba el ejército alemán. Entendió que tal vez podría sobrevivir allí. La superficie no era un lugar seguro.

Fueron pasando los días y se fue adaptando a una nueva vida en el túnel. Hizo un calendario en la pared húmeda y fangosa para tener una vaga idea del tiempo, calculando inciertamente los días en un lugar donde nunca era de día ni de noche. Fue entrenándose para moverse en la oscuridad, desarrollando un sexto sentido para detectar los peligros. No podía detenerse, tenía que encontrar una salida.

Cierto día, mientras exploraba, encontró un diario escondido. Pertenece a una joven judía que también se había refugiado allí. Su historia lo estremecía, y preguntarse qué había sido de su padre, madre y hermanos lo ayudó a no sentirse tan solo.

Semana tras semana, fue creciendo en fuerzas y determinación. Decidió encontrar una salida, recorriendo cada rincón, cada bifurcación. Los días pasaban, los pies dolían, la angustia y la decepción aumentaban. Había olvidado el camino que lo había conducido hasta ahí; todos los caminos eran iguales, estaba desorientado.

En cierto momento escuchó un ruido débil. Siguiendo esos sonidos, se encontró con un anciano judío escondido

en una cámara. El anciano le contó que había estado escondido durante meses y conocía una salida secreta. Juntos encontraron la salida y llegaron a un bosque cercano donde había un grupo de judíos que los acompañaron hasta un campo de refugiados.

Miles de historias de dolor y lucha los rodeaban. En un instante Aarón vio que tres figuras se le abalanzaban: eran su madre y hermanos, Sarah y Jacob. Se fundieron en un abrazo interminable, de llanto y amor. Ellos se habían escondido en un convento de monjas que arriesgaban sus vidas por las familias judías. Él les contó sus días en el túnel.

Se mudaron a Suiza y después del relato de Aarón, jamás volvieron a hablar del pasado; aquello había marcado a cada uno de una forma diferente. Sabía que su madre nunca dejaría de buscar a su padre, y él jamás lo olvidaría.



*En medio de la oscuridad, la luz de la esperanza y el amor nos puede marcar el camino. La resiliencia humana es capaz de superar cualquier adversidad. La memoria de nuestros seres queridos nos inspira a seguir adelante.*

## El esfuerzo de un padre

---

Cristian Aquino

Esta historia comenzó en abril del 2014. Jennifer era una hermosa mujer alta, delgada, elegante que trabajaba en una panadería y confitería, oficio que desempeñaba muy bien en un negocio de su barrio. Tenía un hijo, Lucas, de doce años, a quien llevaba a las clases de artes marciales del profe Agustín, propietario de un gimnasio cercano a su casa.

Jennifer, como madre soltera, había enfrentado muchos obstáculos antes de conocer a Agustín. Él era muy amable, respetuoso y sencillo, y estaba en buen estado físico.

Su vida cambió para bien no solo por el amor que compartieron, sino también por la construcción de una familia unida. Tras tres años de relación basada en un gran afecto, recibieron la grata noticia de que serían padres.

Jennifer, embarazada de su segundo varón, enamorada de su pareja, no podía entender tanta felicidad. La vida le había dado una segunda oportunidad y no la iba a desperdiciar por nada del mundo.

Las dificultades que el trabajo les imponía las enfrentaban con determinación y esfuerzo; y se reflejaba en la educación y crianza de sus hijos. Ella, esforzándose en

su emprendimiento de panadería, y él, entrenando a sus alumnos en el gimnasio. Esto no les permitía tener momentos en familia ni salir con su pequeño hijo a pasear por una plaza.

Lucas, el hermano mayor, había alcanzado un nivel internacional en su deporte, gracias a la dedicación de Agustín, quien lo había preparado durante mucho tiempo para las Olimpiadas Juveniles. Sin embargo, en una competición, sufrió una fractura en el brazo debido a un forcejeo con un oponente brasileño. Esta lesión le exigió un prolongado periodo de rehabilitación y, lamentablemente, lo mantuvo alejado de las competencias.

Durante este difícil momento, su hermano menor, Brandon, estuvo a su lado de manera incondicional. Con el deseo de alegrar a Lucas, quien siempre había sido su ejemplo a seguir, Brandon tomó una decisión: se entrenaría intensamente para alcanzar su mejor versión.

Los meses pasaron y, aunque las responsabilidades diarias pesaban sobre ellos, el vínculo entre los hermanos se fortalecía. Su unión, cimentada en la fidelidad y el amor recíprocos, les proporcionó una base sólida para enfrentar las dificultades.

Al comenzar su entrenamiento, Brandon se encontró con un gran desafío: su contextura física era delgada y necesitaba ganar fuerza. Decidió hacer kung fu, motivado por su padre, un ferviente admirador de Bruce Lee, el célebre campeón y actor de artes marciales que había inspirado a millones. El verdadero ídolo de Brandon siempre había sido su hermano, quien lo había cuidado y protegido en la escuela y en todos los aspectos de su vida, siguiendo el

ejemplo de su madre, que les había enseñado la importancia de cuidarse y estar unidos.

Tras unos meses de arduo trabajo, Brandon se coronó campeón juvenil. En un emotivo gesto, entregó su medalla de oro a Lucas como muestra de agradecimiento, dedicándole cada uno de sus logros y manifestándole su apoyo incondicional durante el proceso de recuperación.

El joven había ganado gracias al esfuerzo, la educación y la constancia de ambos padres. Llenó de felicidad tanto a la familia como a todo un pueblo.



*Esta historia también resalta la importancia de valorar a los padres y entender el esfuerzo que dedican en criar a sus hijos. Cada consejo, cada sacrificio y cada momento de apoyo son fundamentales en la formación de personas con valores sólidos y una fuerte ética de trabajo.*

*El ejemplo de Brandon, quien a los quince años logró superar los obstáculos, puede inspirar a otros jóvenes a buscar su camino y contribuir positivamente a la comunidad.*



## Dos amigos

---

Fernando Magaldi

Esta historia trata sobre la vida de dos personas que luego fueron muy buenos amigos, Carlos y Guillermo.

Uno, muy poderoso por su buen pasar económico, pero con defectos: vanidoso, soberbio y autoritario. Su apodo era Guillote. Siempre se había esforzado por tener mucho poder y no lo satisfacía nada. Era insaciable, quería más..., necesitaba que todos lo admiraran por su riqueza.

Se rodeaba de personas que lo adulaban y le ensanchaban su ego. Le decían cuánto poderío tenía para también pasarla bien a su lado, dejándolo contento en su mundo superficial.

Un día, se acercó un empleado a contarle que el chofer de la empresa era muy inteligente y sabio, gracias a sus estudios en economía y filosofía. Guillote no soportó la idea de que un empleado de su empresa fuese más sabio, porque creía que no existía una persona mejor que él. Sin conocerlo, decidió despedirlo. Era celoso y envidioso de la gente que se destacaba más que él. De esta forma mostraba quién era el que daba las órdenes.

Antes de despedir al chofer, el jefe decidió llamarlo y tenderle una trampa, para que su gente vea que no era tan

bueno e inteligente como decían. Guillote, entonces, llamó a todos a una reunión, con el fin de dejar mal visto a Carlos, el chofer. Quería preguntarle sobre las cosas de la vida diaria, sobre cómo tendrían que mejorar la economía, la imagen y cómo sería el futuro de su empresa, ya que Carlos decía entender todos estos temas.

Al otro día, se reunieron los integrantes más cercanos al jefe, y, entre murmullos y risas, Guillote le preguntó:

—Carlos, ¿cuándo vamos a ver crecer mi empresa? ¿Cuándo tendré las cajas llenas de dinero?

Y Carlos le contestó:

—Eso depende, señor. Quizás cuando su gente se esfuerce un poco más, cuando Ud. les pague lo que les corresponde mensualmente, y no cada tanto, cuando reciban el beneficio de una obra social. Podrá verlo cuando sus empleados estén más contentos; con alegría y orgullo, podrán producir mucho más, hasta el doble de lo que hoy se vende.

Esa respuesta no le gustó nada a Guillote, porque su chofer estaba diciendo la verdad, y él, que no era generoso y menos solidario, debía gastar más dinero.

Volvió a preguntar:

—¿Y si ahorramos el esfuerzo de toda mi gente y compramos máquinas para reemplazarla?

Se produjo un tenso silencio; el tiempo se congeló; no podían creer lo que su encargado quería hacer; se escuchaba a todos los presentes murmurar. En ese momento Guillote se dio cuenta de que estaba equivocado en su

reflexión; el odio y la codicia fueron malos consejeros, y volvió a preguntar al chofer.

—Carlos, ¿vos qué harías?

Su chofer le contestó:

—Yo le aconsejaría humildemente, señor, que contrate a más personas; las máquinas son muy ruidosas para la salud, gastan mucha energía, y necesitaría personal especializado para enseñar a usarlas, y sería muy costoso en el primer año.

El jefe respondió sin dudarle:

—Es verdad, no me gusta gastar dinero.

Terminó la cena, y todos se retiraron a sus casas, menos el chofer, que quedó a los servicios de su jefe mientras conversaban un rato más, profundizando sobre sus enseñanzas y consejos.

Al otro día, muy temprano, Carlos fue consultado por los trabajos a realizar en el día. Al poco tiempo, se convirtió en su mano derecha. Pasaron los meses y, por su sabiduría y buenas ideas, la empresa se agrandó y prosperó: llegó a tener el triple de empleados.

El Sr. Guillote no podía creer que tuviera tanto dinero, generado por su fábrica. Se dio cuenta de que asociarse con una persona profesional también le daba un nuevo perfil a su vida.

Dejó de ser autoritario, mezquino y desconfiado, y fue convirtiéndose en un sujeto amable, humilde, bueno y generoso.

Todo el personal empezó a quererlo, y, al haber aprendido tanto, ya no necesitaba a su chofer todo el tiempo aconsejándolo; solo iba a visitarlo una vez a la semana a su casa, por la gran amistad que habían forjado.

Una noche, mientras cenaban, Guillote le dijo que estaba avergonzado, porque, al principio, los celos y el odio lo habían llevado casi a despedirlo sin conocerlo. Y fue así como le pidió disculpas y quiso tener más encuentros con largas charlas y cenas entre amigos.

Carlos le contestó que era la mejor lección que un hombre puede enseñar; que, gracias a sus defectos, aprendió a superarlos y cambiarlos, a ser humilde, bueno y bondadoso.



*El mundo está lleno de odio, desprecio, humillaciones y maltrato hacia las personas. Muchas veces, sin saber, sin conocerlas, son rechazadas, discriminadas; no sabemos que alguien en cualquier momento puede brindarnos su amistad, su conocimiento y darnos un momento de felicidad.*

*Esta reflexión nos enseña que a veces cuesta mucho vivir sin las personas que te aconsejan, te enseñan, te contienen y te brindan su amor, sin pedir nada a cambio.*

## Lazos de unión

---

Julián Simberg

Había una vez dos hermanos: Facundo y Gonzalo. Facundo era un hombre exitoso y adinerado, rodeado de lujos y comodidades; Gonzalo, en cambio, llevaba una vida humilde, muy feliz con lo que tenía.

Facundo se sentía superior a su hermano debido a su éxito material. Muchas veces le decía a Gonzalo que necesitaba trabajar y esforzarse para alcanzar el mismo nivel de riqueza y reconocimiento que tenía.

Un día, Facundo decidió invitar a Gonzalo a pasear por el campo. Quería mostrarle su estilo de vida, y convencer a su hermano de aspirar a tener algo mejor.

Durante el viaje pasaron por hermosos paisajes y visitaron lujosas propiedades. A medida que recorrían el campo, se encontraron con una pequeña cabaña. Gonzalo quedó fascinado por su sencillez y encanto. Le preguntó a Facundo de quién sería la casa, y su hermano contestó con desprecio que tal vez vivía alguien muy pobre, sin ambiciones.

Intrigado, Gonzalo se acercó a esa cabaña y llamó a la puerta; un hombre mayor, llamado Benito, abrió la puerta con una sonrisa amable para atenderlo. Benito vivía solo en esa modesta casa, donde cultivaba su propia huerta.

Pasaron un buen tiempo conversando entre los dos, cuestiones de la vida que contenían mucha felicidad y sencillez, mientras Facundo esperaba impaciente en el auto.

Benito habló sobre el amor por la naturaleza, la gratitud por las pequeñas cosas, la importancia de vivir en armonía con uno mismo. Gonzalo quedó maravillado con las enseñanzas del hombre mayor. Comprendió que la verdadera riqueza no se encuentra en la acumulación de bienes materiales, más bien en la capacidad de disfrutar y valorar lo que uno tiene.

Cuando regresaron, Gonzalo compartió todo lo que había aprendido con su hermano. Facundo comenzó a reflexionar y a cuestionarse su propia vida de éxitos y felicidad. Con el tiempo, fue abandonando su obsesión por el dinero y el reconocimiento por parte de las personas. Aprendió de las cosas simples de la vida, a valorar las experiencias significativas de felicidad.

Gonzalo, por su parte, continuó con su vida humilde, pero llena de alegrías, recordando las enseñanzas de Benito y compartiéndolas con los que lo rodeaban.



*Este cuento nos enseña que el éxito no se mide por la cantidad de dinero y posesiones que obtengamos, sino por nuestra capacidad de encontrar la felicidad en las pequeñas cosas y vivir en armonía con nosotros mismos y con los demás.*

## Campo siniestro

---

Nicolás La Blunda

Era el verano de 1987, en Villa Mercedes, Corrientes. Allí vivía una familia: Francisco y Laura eran los padres de Romeo, un niño de tan solo nueve años de edad. Francisco, una persona muy popular en el pueblo, trabajaba todas las mañanas en la fábrica textil del lugar. Laura era ama de casa y cosechaba algunas verduras en su campo mientras Romeo por las tardes concurría al colegio del pueblo.

Eran una familia muy humilde y conocida. Llevaban una vida tranquila, hasta que la empresa textil tomó medidas con el personal, y Francisco fue despedido.

Muy preocupado, pensaba cómo decirle a su mujer tal situación.

—Francisco, ¿por qué has regresado tan temprano?

—Quiero que seas fuerte y que prestes atención a lo que te voy a decir.

Laura lo miró preocupada.

—¿Qué te pasó? Cuéntame ya.

—Me han despedido del trabajo.

Abrazados, en silencio, con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos, pensaron en cómo salir adelante, ya que Francisco llevaba veinticinco años trabajando en la empresa del pueblo.

—Quedémonos tranquilos —dijo ella—. ¡Ya vendrán las buenas noticias!

Luego de unos días, Romeo notó que su padre ya no se levantaba temprano para ir a trabajar, y le preguntó:

—Papá, ¿por qué no sales más como todos los días?

—Hijo, ¡me han despedido de mi trabajo, pero por suerte tenemos nuestro campo, nuestros animales y las cosechas!

—¿Pero por qué te han despedido, papá?

—Fueron las medidas de la empresa, nuestro trabajo ya lo hacen las máquinas, el futuro se aproxima cada día más, hijo querido.

—Padre, yo ayudaré en casa a mamá, ¡quiero ser como vos!

Se abrazaron y, entre emoción y alegría, dejaron escapar las lágrimas.

—Tú quédate tranquilo, solo quiero que sigas estudiando. La educación es la herramienta más importante; te abrirá muchas puertas.

—Está bien, padre. Te prometo que nunca abandonaré mis estudios y seré responsable.

Gracias a los cultivos y la ganadería, la familia pudo salir otra vez adelante... En la granja, había vacas, chanchos y gallinas. Y también se cosechaba yerba mate.

Una noche de invierno, Laura decidió cocinar un puchero de gallina, mientras su esposo le cebaba unos mates, y Romeo, de quince años, se encargaba de guardar los animales. A las once, como todas las noches, se iban a acostar para levantarse temprano y continuar con sus rutinas diarias. Cerca de las tres, se escucharon unos ruidos; los perros ladraban sin parar...

—¿Francis, escuchaste esos ruidos? —preguntó Laura.

—Sí, voy a salir a ver qué pasa.

—¡Por favor, ten cuidado!

—¡Descuida, no te preocupes, no hay problema!

Al salir, se escuchó un disparo... Laura salió corriendo, gritando por su marido. Encontró a Francisco tirado en el piso, con una herida en el pecho. Llorando desconsolada, pidió auxilio a su hijo, y tomando su rostro, entre lágrimas y llanto, gritó:

—¡Mataron a Francisco, le quitaron la vida!

Desde ese momento, todo fue tristeza y dolor. Romeo, abrumado por la muerte de su padre, se dio cuenta de que tenía que tomar las riendas de la granja y el cuidado de su madre.

A seis años de la muerte de Francisco, el joven, recordando la promesa que le había hecho a su padre, nunca abandonó los estudios. Terminó su carrera y se recibió de médico clínico, y comenzó a trabajar en un sanatorio de la Capital Federal. Además, formó su familia con una compañera de la facultad. Vivía con ellos en Buenos Aires, cerca de su madre, ya que gracias a su esfuerzo pudo comprarle una casa también.

El campo, en Corrientes, siguió dando los frutos de una empresa pujante, y se convirtió en una de las exportadoras de yerba mate más grande del país.

En la memoria de Romeo, siempre quedaron aquellos momentos felices, pero complicados, que vivió en su granja, y los valores que su padre le enseñó antes de morir.

# La vida del campesino

---

Franco Olmos

Corría el año 1976; en un pequeño pueblo de Chacabuco, muy alejado de la ciudad, llamado O'Higgins, nacía Pedro, hijo de María y Juan, caseros de una estancia que se dedicaban a la cosecha de maíz.

Juan trabajaba desde pequeño en el campo. Se levantaba muy temprano: a las 4:00 a. m. Desayunaba su mate amargo y emprendía su rutina laboral. Todos los días eran iguales para Juan. Lloviera, tronara o saliera el sol, su rutina en el campo no podía faltar. Había días con más ánimo, otros en los que se sentía frustrado y muchas veces cansado de su trabajo.

Sin poder demostrárselo a su familia, con un hijo recién nacido y siendo el sostén del hogar, siempre firme en sus responsabilidades, disfrutaba muy poco de ver crecer a su niño, ya que madrugaba en su trabajo y no tenía horario de regreso.

A medida que el tiempo pasaba, Pedro crecía. Un día, Juan pidió permiso a su esposa para llevarlo al campo, para ir enseñándole el trabajo y el esfuerzo que debía hacer. Con la aprobación de María, empezaron a compartir muchos momentos lindos e inolvidables.

Para Pedrito, su padre era su mejor superhéroe; lo contemplaba cosechar, arar la tierra, regar y todo el trabajo del campo. El niño estaba fascinado y muy entusiasmado por ayudar a su padre. Era muy chico, y por el momento, sentado arriba del tractor, solamente le cebaba mates a su padre.

Con el correr de los años, Pedrito, con tan solo quince años de edad, ya manejaba el tractor y había aprendido a labrar el campo. Juan se sorprendía al verlo trabajar a la par de él, y sentía mucha felicidad y orgullo de ver a su hijo tan responsable. Todas las noches, cuando volvía de su trabajo, le contaba a su mujer la voluntad de su hijo, y varias veces se abrazaban y lloraban juntos.

Un día como tantos, en el campo trabajando, su padre perdió el control del tractor y se accidentó; el niño corrió desesperado para ayudar a su padre, que gritaba tan fuerte que hasta el mismo Pedrito podía sentir el dolor que padecía. Con un grito desgarrador, llamó a su madre, que de inmediato avisó al hospital. Rápidamente llegó la ambulancia a socorrerlo.

Pedro quedó muy asustado y triste; terminó rápido de trabajar y el dueño de la estancia, ya enterado del accidente que había sufrido Juan, se ofreció a llevarlo al hospital del pueblo.

Al día siguiente, en el horario de visitas, esperó el parte médico. El doctor le diagnosticó fractura de caderas, por el peso del tractor al volcar y quedar atrapado. Los médicos le comunicaron a la familia que iba a tener varios meses de rehabilitación, sin poder asegurar si volvería a caminar.

Fue una noticia muy dura para la familia, que, a pesar de todo, lo cuidaban con mucho amor. El joven se hizo car-

go de inmediato del campo y de sus padres, con tan solo quince años.

A pesar del esfuerzo de Juan por recuperarse pronto, los médicos le comunicaron que no volvería a caminar. Esta mala noticia lo dejó muy triste, porque había pasado toda su vida dedicado al campo. Fue tanta la depresión que al poco tiempo falleció.

Su familia, muy conmovida por lo ocurrido, llamó al dueño de la estancia y le comentaron que Pedro se pondría al frente de todos los trabajos que hacía su padre.

El hijo, muy consternado, con mucho dolor y lágrimas, despidió a su superhéroe y dio consuelo a su madre. El dueño le sugirió que se tomara el tiempo necesario para superar lo vivido.

A solo dos semanas de lo acontecido, retomó con mucha energía para comenzar a trabajar. Iniciaba a las cuatro de la madrugada, preparando su mate y emprendiendo la rutina diaria que el campo le exigía.

Extrañando a su padre en las costumbres y momentos del día, entre lágrimas y tristezas, pasaban los recuerdos... Las enseñanzas que su papá le había inculcado, esforzándose al máximo y superándose día a día, llevaron al muchacho a poder finalmente comprar la estancia, que renombró como Juan, en honor a su padre.

Así, valorando el esfuerzo y la voluntad de su superhéroe, pudo darle una mejor calidad de vida a su madre, como lo hubiese querido Juan.



*Esta historia trata sobre los valores que un padre le enseña a su hijo, desde el trabajo, la responsabilidad, el esfuerzo, la humildad hasta la dignidad. Son valores fundamentales para el crecimiento, que pueden trasladarse de generación en generación.*

## La historia del primo

---

Diego González

Era domingo. Después de una semana larga y cansadora, de intenso y excesivo trabajo, me junté con mis seis hijos y catorce nietos en una comida familiar. Terminado el almuerzo, descansé en mi viejo sillón, mientras me cebaba unos mates; mis nietos me acompañaron a mi alrededor, pidiéndome que les contara alguna historia de mi niñez.

Eso me llevó al grato recuerdo de las historias de mi abuelo. Les conté lo que había sucedido cuando tenía diecisiete, en mi ciudad natal, Pampa del Indio, en Chaco.

Mis padres y abuelos nos decían siempre a mis hermanos, primos y amigos que no fuéramos solos al monte, porque había un animal que no podían describir específicamente. Las pocas personas que habían logrado verlo, del miedo que les provocó, no pudieron identificarlo. Decían que, con su mirada, su tamaño y forma, los dejaba paralizados.

A esa edad éramos desobedientes e incrédulos, y con mis primos decidimos comprobar si se trataba de una historia real. Fuimos esa misma noche, desde la esquina del almacén de don Felipe. Llegamos uno a uno, como habíamos arreglado: el primero fue Carlos; después llegué yo, y así todos los demás, hasta que por último llegó Roberto.

Con nuestras mochilas al hombro y una linterna de sol de noche para alumbrar el camino, nos dirigimos hacia el monte. Estuvimos caminando varias horas por el campo; ya estábamos agotados. Decidimos acampar y descansar un rato; Roberto fue el primero en dormirse, hasta que el cansancio nos llegó a todos.

En un momento de la madrugada, empecé a escuchar unos ruidos; creía que se debía al fuerte viento y al crujir de las ramas, pero se escuchaban cada vez más cerca, como si algo se acercara.

Con mucho miedo, fui abriendo el cierre de la carpa. Vi pasar una enorme sombra frente a mis ojos, que se iluminaba con la luz de la luna.

Empecé apurado a despertar a todos, y salimos de la carpa sin hacer ruido. Adelante de nosotros vimos algo enorme, sin formas para nuestro conocimiento, con ojos grandes y rojos que se nos acercaban. Salimos todos corriendo del susto y el asombro, dejando todo tirado.

Solo corríamos sin parar. Mi primo Fermín, al llegar al pueblo, se quedó mudo, no podía hablar del susto, y nuestras familias, que nos estaban buscando, nos regañaron por no pedir permiso y no avisar a dónde íbamos. Nos preguntaban si estábamos bien, y qué había sucedido, qué había ocurrido que no podíamos hablar.

Mientras mis nietos me escuchaban narrar esta rara historia, de pronto golpearon a la puerta de la casa. Era mi tío y mi primo Fermín, el mudo. Desde ese entonces, jamás pudo volver a hablar y se hacía entender por señas.

Luego de escuchar la historia, los chicos creyeron que en el monte existía un animal siniestro, y entendieron que nunca debían salir sin permiso de las personas mayores.



# Ilusión de potrero

---

Martín Galeano

Esta es la historia de Miguel. Desde pequeño, con la ayuda de su familia, se fue formando como deportista, jugando en diferentes clubes de barrio, siempre apostando a cumplir sus sueños.

Con apenas dieciséis años, firmó un contrato profesional. El esfuerzo de entrenar a diario estaba dando sus frutos, pero en la vida nada se consigue fácil; siempre existen trabas y obstáculos que enfrentar.

Tuvo la mala suerte de cruzarse con personas conocidas pero malas, ya que fue estafado en su primer contrato. Toda la ilusión y felicidad se vieron truncadas por confiar en personas aprovechadoras del esfuerzo ajeno.

Por suerte, su familia lo acompañó siempre, y así siguió luchando por lo que tanto quería.

Al cumplir dieciocho años, Miguel tomó un vuelo a España, donde lo convocaron para entrenar en el Club Atlético de Madrid, pero no tuvo la oportunidad de jugar. A los dos meses su padre tuvo que regresar a Argentina y dejó solo a Miguel en España.

La situación se tornó difícil; la soledad y la ausencia de su padre le provocaron cambios de ánimo y una terrible

depresión. Pensaba en abandonar todo y dejar la profesión, ya que se sentía muy lejos de su contención familiar. Llamaba a su padre a diario y le contaba sus ganas de volverse; no aguantaba la distancia que los separaba.

Gracias a Dios, su padre regresó a España a contenerlo, y así, con las fuerzas necesarias, pudo cumplir su objetivo.

Enseguida se presentó la oportunidad de firmar un nuevo contrato, esta vez con el Club Jaguares de Chiapas, en México, y ahí debutó como futbolista profesional. Su carrera fue tomando color.

Mientras jugaba en diferentes clubes, se seguía esforzando, hasta que en uno de ellos logró ser campeón. Yendo al mundial de clubes, tuvo la alegría y el orgullo de enfrentar al mejor de todos los tiempos, Lionel Andrés Messi.

Miguel pudo lograr sus sueños, vivir de lo que tanto le gustaba, enfrentando las adversidades de la vida y aprendiendo además que todo lo que se consigue es gracias al esfuerzo propio y la contención familiar.

Hoy después de doce años de carrera como jugador, sigue apostando al fútbol. Se recibió de director técnico y actualmente se dedica a lo que tanto lo apasiona: dirige a los Cimarrones de Sonora, en México; vive fuera de su país natal, pero rodeado del amor y la felicidad de tener a sus hijos unidos y de manera incondicional.

## Perdido en el misterio

---

Jesús De Souza Calleros

Era un hermoso domingo primaveral y hacía un maravilloso calor. Los frutos de los árboles ilustraban el paisaje, y el néctar de las flores y su aroma atraían a los colibríes para que hicieran su exhibición de colores, mezclados en el revoloteo de sus alas brillantes.

Recuerdo que el reloj marcaba exactamente las 15:00 cuando recibí un llamado inesperado de mi amada esposa, Margarita. Al escuchar su voz, sospeché que algo malo estaba pasando: Juan había desaparecido. Una triste noticia para nosotros, y en particular a mí se me hizo un nudo en la garganta. Él era mi amigo de la infancia.

Me vienen a la memoria esos momentos de ir al potrero, cuando más de una vez nos agarraban esas lluvias torrenciales de verano, pero que no opacaban nuestros hermosos campeonatos inventados por nosotros mismos. Cuando terminábamos los partidos y, de regreso a casa, nos encontrábamos con los sermones de nuestras madres, que obviamente tenían razón. ¿Cómo no van a tener razón si eran ellas las que lavaban a mano nuestras prendas sucias?

De todas maneras, queríamos llegar a casa, porque, después de bañarnos, compartíamos un chocolate caliente

con tortas fritas hechas por las mágicas manos de la mamá de Juan.

¿Cómo no nos iba a doler la muerte de nuestro amigo?, si nos quedaban tantas historias por compartir. ¿Cómo no nos iba a doler?, si éramos un grupo inseparable, donde compartíamos alegrías y tristezas. ¿Cómo no nos iba a doler tremenda decisión?

Hicimos una pausa, nos miramos fijamente y, con lágrimas en los ojos, sentimos un dolor inmenso en el alma, que nos pegó más fuerte que la bala de un fusil de asalto ligero a más de quinientos metros de distancia.

Juan estaba muerto; se había arrojado al río Paraná. Los forenses idóneos en la materia dijeron que no presentaba golpes ni signos de haber sido asesinado. Nuestro amigo había decidido abandonarnos; no comprendemos tamaña decisión.

¿Acaso alguna vez habrá hecho alguna broma pesada que lo deprimió?

## El cuento del zurdo

---

Guillermo Almaraz

Claudio Ramírez era un chico de diecisiete años de las inferiores de Chacarita que se había criado en un barrio muy humilde, La Salada de Lomas de Zamora. Él convivía con su madre y dos hermanitos muy pequeños, Brisa, de siete años, y Lucas, de dos, los cuales habían sido abandonados por su padre.

Claudio tuvo que cumplir ese rol de padre y además cuidar de su madre discapacitada, que tenía una pierna amputada, producto de la diabetes.

La familia vivía en una casa muy humilde, mitad de chapa y mitad de cartón. Claudio todos los días salía a hacer changas al Mercado Central, de lunes a viernes por las noches desde las diez hasta las seis de la mañana. Estaba agotado por su trabajo, pero tenía el sueño intacto de ser jugador profesional de fútbol.

Todos los días Claudio volvía de trabajar y se dirigía siempre a entrenar al club Chacarita, que le quedaba lejos, pero sus sueños eran más fuertes que el empeño que ponía a diario.

Sus compañeros lo discriminaban por ser de clase social baja, muy pobre. No tenía los recursos y los botines

para jugar como los demás, que eran adinerados. Pero el ser pobre no le quitaba su habilidad para el fútbol; le sobraba cansancio y tristeza por los compañeros discriminadores que tenía, aunque nunca perdió la fe y las esperanzas de triunfar.

Una tarde, al llegar a su casa, tuvo la mala noticia de que a su madre la habían internado debido a su enfermedad. A Claudio no le quedó otra opción que abandonar sus obligaciones para el cuidado de sus hermanitos.

Con el paso de los días, Claudio se quedó muy triste y sin dinero; ni alimentos tenía. Entonces le pidió a Dios que lo ayudara a salir adelante.

A la mañana siguiente, Claudio se encontró con que no había nada para desayunar; entonces recurrió a Marta, su vecina, y le pidió si no tenía algo para que sus hermanitos pudieran comer.

Por la tarde tenía un partido importante al cual no podía faltar. Por eso, le pidió nuevamente a su vecina si podía cuidar de sus hermanos; ella aceptó sin dudarle, y le avisó que estaba por preparar un guisito para la cena de los niños.

Se fue en el colectivo, muy ansioso, pensando en el partido de Chacarita contra Tigre. Al llegar al club, con el tiempo justo, todos estaban cambiados para comenzar. El partido arrancó y se jugó completo.

Estaban los representantes del club francés PSG mirando cómo jugaban y buscando nuevos talentos. Al finalizar, se acercaron a los directivos y les hicieron saber que estaban interesados en Claudio. Querían ficharlo y que jugara en su club. Para ello debía firmar un contrato millonario. El muchacho no podía creer tan buena noticia.

El PSG ya lo quería entre sus jugadores, y no dudaron en firmar con Claudio al día siguiente. Todos estaban felices y contentos de que el club Chacarita vendiera un jugador a Europa.

Feliz, se fue a ver a su madre al hospital y a festejar junto con sus hermanos la gran noticia. La mamá, muy emocionada y llorando de alegría, firmó el permiso del hijo para viajar.



*La historia nos deja la enseñanza de que nunca tenemos que rendirnos ante los malos momentos; con esfuerzo, con el apoyo de la familia y con humildad y perseverancia, se puede llegar a la suerte que tuvo Claudio en su vida.*



# El curandero

---

Carlos Vilchez

En un pequeño pueblo de campo llamado Udaondo, vivía un personaje muy particular al que llamaban *el curandero*. Tenía una reputación muy marcada: un hombre de unos cincuenta y cinco años, con un rostro tan abatido que parecía tener muchos más. Era fácil notar que los malos momentos de su vida habían dejado huellas y heridas, y su rostro era muestra de ello. Tenía una cara seria, dura, y era un hombre de pocas palabras. Su cabello blanco, medio largo, lo hacía ver diferente. Cuando se enojaba, su voz sonaba como el trueno. Sin embargo, la mayoría de las veces desbordaba de bondad. Con 1,75 metros de altura y mirada profunda, transmitía paz a algunos y odio, enojo e ira a otros.

La historia del curandero habría pasado desapercibida de no ser por Clara. Lo único que ella sabía de este hombre eran las habladurías del pueblo, cuyos habitantes recurrían a él cuando padecían algún mal. La salita del pueblo, con su médico, no era tan concurrida como la casa del curandero. De hecho, cierto día el mismo doctor tuvo que pedir su ayuda. Era como si Dios tuviera que pedir ayuda al diablo.

Este hombre curaba a todos, desde dolores de muela hasta mal de amores. A su alrededor había un aire de mis-

terio. Algunos incluso decían que había hecho un pacto con el mismo Lucifer, el ángel desterrado por Dios.

Su casa se veía desde lejos. Estaba en medio del campo. En el frente tenía plantas frutales y en el fondo abundaban las higueras, su planta favorita (y la del diablo, según decían). No tenía animales de granja, solo un gato negro como mascota. Se rumoreaba que solía pasar noches enteras bajo su alero, en un sillón que él mismo había construido, cubierto con mantas que acolchonaban su descanso; ahí se quedaba, observando la oscuridad.

Buscaba en la negrura de la noche lo que no podía ver. Por esa razón, su gato siempre estaba cerca de él, ya que, según se cree, los gatos tienen un don especial para ver más allá de lo que pueden percibir los humanos.

La casa del curandero no era lujosa, pero sí muy vieja. Algunos decían que estaba embrujada, pero en realidad no era así. La tranquilidad del campo era total, solo interrumpida por los molestos teros, que anunciaban la llegada de cualquier visitante. Ni hablar cuando estaban en época de cría, porque se ponían demasiado protectores y usaban estrategias para hacer creer al intruso que estaba cerca de sus pichones.

Volviendo al curandero, él era un hombre de muchos valores, pero se encontraba solo en su vida. Su vocación hacia los demás era total. Nadie entendía cómo lo hacía, pero a todos los curaba.

En el pueblo, casi en la otra punta, vivía Clara, mujer de cincuenta años, humilde, pero que no creía en nada: ni en Dios ni en hechizos practicados por las personas. Siempre que tuvo problemas, supo valerse por sí misma y salir adelante.

Clara tenía una belleza intacta. Las mujeres del pueblo le tenían envidia, sobre todo las señoras de su edad y las más jóvenes. Su cabello negro, sus ojos verdes oscuros y su cuerpo, lleno de belleza, no pasaban desapercibidos, aunque ella se vestía con modestia.

Una sola vez se cruzó con el curandero. El magnetismo de ambos era como el de imanes invertidos: mientras más se acercaban, más se rechazaban. Era como si una fuerza invisible los alejara. Nunca en su vida se miraron a la cara. Eran como el día y la noche. Incluso alguien llegó a decir: "Estos dos se van a casar..."

Clara tenía una hija de trece años, muy hermosa, como su madre, una belleza heredada. Camila era su nombre. Cierta día, la niña comenzó a sentirse mal. Estuvo así varios días, pues su madre pensaba que no era nada grave. Cuando Clara vio que no mejoraba, decidió llevarla al médico del pueblo. El doctor la observó, le hizo varios estudios, pero todo dio como resultado que no tenía nada. El médico le sugirió que la llevara al curandero, pero ella optó por buscar otra respuesta.

Viajó a la gran ciudad y pasó por varias clínicas, gastando cada centavo que tenía. Todos los médicos coincidían: Camila estaba sana. Regresaron a casa. La madre, triste, veía cómo su hija se le escapaba de las manos. Comenzó a rezar con una pureza y sinceridad en sus palabras que sorprenderían a cualquier charlatán religioso.

Pasaron los días, y Camila empeoró, tanto que ya no podía levantarse de la cama. Los vecinos, enojados, le pedían que acudiera al curandero, pero Clara, terca como

siempre, no quería ir con ese hombre al que había desestimado, acusándolo de tener pactos con Lucifer.

El curandero, por su parte, ya no disfrutaba de sus tardes. Conocía secretos y misterios que nadie entendía. Intuía lo que le pasaba a Camila y quería ir a ayudar, pero algo lo detenía. Esa situación lo molestaba profundamente. Por eso, pasaba horas mirando en dirección a la casa de Clara. Vivía alejado, aunque sentía que de algún modo podría curarla. Su fe en Dios le decía que podía hacerlo.

Esa noche, acostado, intranquilo, despertó varias veces. Hacia las cuatro de la madrugada, oyó a los teros gritar. No les prestó mucha atención, pero luego se dio cuenta de que no era un simple aviso. Esas aves parecían decirle que algo pasaba.

Afuera esperaba Clara, sin importarle nada. Venciendo todos sus prejuicios, gritaba desesperada, llamando al curandero. Nada la detendría, ni siquiera el Diablo. Estaba decidida a llegar hasta él. Le gritaba, diciendo que no tenía dinero, pero que, si le salvaba a su hija, su casa sería de él.

El curandero la entendió, sorprendido. Varias personas le habían ofrecido grandes sumas de dinero por su ayuda, pero nunca alguien le había ofrecido todo lo que tenía. Sin decir una palabra más, se vistió rápidamente con lo primero que encontró y salió a buscar a Clara.

Aunque era de noche, observó con cuidado que Clara venía acompañada por una especie de sombra. La luna, con su luz tenue, dejaba entrever algunos misterios de la noche. Se dio cuenta de lo que estaba pasando. Los teros no gritaban a Clara; algo más estaba allí.

Apresuraron el paso, mientras el curandero murmuraba para sí: “No eres bienvenido en mi casa”. Clara no entendió lo que decía, pero quería llegar lo más rápido posible. Una vez en la casa, encontraron a Camila, que seguía mal. Estaba muy pálida, con la respiración entrecortada. Era cuestión de minutos para que su vida terminara.

Clara, prometiendo hasta lo que no tenía, le dijo al curandero que, si le curaba a su hija, ellas dos irían todas las tardes a cocinarle la cena. El curandero, lejos de escucharla, le pidió que desvistiera a su hija, dejándola solo con su ropa interior. Luego revisó su cuerpo, como buscando señales de su enfermedad, hasta que pidió tinta china.

Rápidamente, recorrió el cuello de Camila con el líquido negro, trazando una línea desde su corazón hasta su cintura. Luego la dejó descansar un rato. Fue entonces cuando, por primera vez, observó el cuarto con detenimiento. Se dio cuenta de que la sombra seguía allí, susurrando: “Es mía”.

El curandero sonrió para sí mismo y contestó: “No es por mí que no te la llevas, sino por quien mora aquí y protege este hogar, sabes de quién te hablo, ya no molestes más”. La casa, aunque iluminada, brilló de una manera especial, como si la presencia se hubiera ido y el amanecer estuviera anunciando su llegada.

Él cubrió a Camila y se quedó a su lado, como un guardián de su vida. La respiración de la niña se normalizó. Su madre, desbordada de alegría, buscó la mirada de su salvador. Fue solo por unos segundos, pero en ese momento, el curandero vio lo hermoso de la vida junto a esa mujer.

Clara, con lágrimas en los ojos, le dijo: “Vaya haciendo lugar en su casa, que mi promesa debo cumplir”. Desde ese momento, el curandero comprendió que, con esas simples palabras, esta mujer cambiaría su destino, y que no estaría solo nunca más.

# La historia de Joan

---

Alejandro Paredes

Esta es la historia de Joan, un bebé que fue buscado y que nació de una relación de pareja con amor, pero en una situación complicada. Su padre estaba privado de su libertad, y su madre lo llevaba en su vientre sola, sin su esposo en la casa. La vida no le era muy fácil.

En su vida diaria como ama de casa, trabajando y embarazada de siete meses y medio, al cuidado de su otra hija de nueve años, de otra relación, hacía tiempo para visitar a su esposo entre sus quehaceres, pues era una mujer joven y luchadora.

Un día su marido le dijo que ya no lo visitara más y que tomara una licencia en su trabajo. Temía por la salud de la madre y del niño. Su gran panza dificultaba mucho sus movimientos, y se complicaban las tareas de la casa, el trabajo, el cuidado de la otra hija y su salud.

Le propuso vender dos cadenas de oro. Con ese dinero, podría seguir viviendo hasta tres meses sin trabajar. Tiempo como para que naciera su hijo y pudiera ayudarlos el primer mes, al menos. Y que considerara también no ir a visitarlo, ya que de esa manera haría menos esfuerzo. Sin embargo, pese a los consejos del marido, la mujer siguió trabajando un tiempo más.

Ella, que vivía con su dinero justo, apostó a un número en la lotería para probar suerte. Son las cosas de la vida que ella, con sus pocos ahorros, obtuvo el primer premio.

Todo cambió. Joan tuvo la suerte de nacer, como dice el refrán “con el pan debajo del brazo”. La madre tuvo la suerte de elegir un número en la quiniela, y esa suerte le cambió su vida.

Con todo el dinero que ganó, compró también una agencia de lotería, un terreno para edificar otra casa con más comodidades y, como regalo para el día en que su marido quedara libre, le compró una camioneta 4x4.

Imagínense a esa familia. Sin darse cuenta, la vida les dio un giro de 180°. De estar viviendo con lo justo a tener un negocio, otra casa en construcción, una camioneta 0 km... Dios ve todo y te cambia todo. De la noche a la mañana, ese bebé Joan tendría todas sus cositas: ropita, cuna, pañales, carrito, etc. Esta fue la historia de Joan, una historia que parecía ficticia, pero no, era verídica.

Todo es obra de Dios, que todo lo ve. Si obras el bien, el bien viene multiplicado solo; es cuestión de tener fe y creer que todo llega.

Hoy en la actualidad, Joan es un nene de seis años que cursa el primer grado de la escuela primaria. Es un niño muy cariñoso, muy pegado a su padre, hasta obsesionado con él; cada vez que saca diez y sale de la escuela, cuando lo va a buscar su mamá, le dice:

—Llamalo a mi papá que quiero contarle que me saqué un diez.

Y así sucesivamente en todo. Cuando le compran ropa, por ejemplo, se la pone y le dice a la madre: “Sacame una foto y mandásela a papá”. Lo mismo si es con un calzado. De todo lo que hace, él quiere que su padre esté al tanto también.

Qué alegría inmensa debe sentir ese padre con un hijo que está tan aferrado a él con un amor genuino.

Joan también le hace saber a su padre, mediante videollamadas, si su madre lo reta, le pega o le llama la atención por un mal comportamiento. Le dice a su padre:

—Decile algo a mamá que me pegó y me retó.

Joan siempre será cercano a su padre, y este se babea por él. Es un chico muy mañoso y consentido por todos los hermanos.

Hace poco la madre le compró a Joan una bicicleta, y León, su hermano de cinco años, quería una pataclata (una bicicleta sin pedales) para andar por toda la casa, mientras que Joan lo hace en el patio.

Todos los días cuando regresa de la escuela, ni quiere merendar con tal de salir a pasear en bicicleta. Le pide a la madre que lo lleve a la plaza o a pasear por el barrio. Se pone muy feliz andando en ella.

Joan es un verdadero personaje. Un día le avisó a su padre que se le había caído un diente y al despertar había encontrado un poco más de \$400 que le dejó el ratón Pérez, en varios billetes chicos, lo que era mucho cambio. Como aún no tiene noción del valor del dinero, cree que con cada billete puede comprar algo como un Lamborghini,

Ferrari, su bulldog francés, una mansión. Fue generoso, le dio un billete a su hermana para que se hiciera las uñas. Él piensa que con todo eso es millonario. ¡Qué inocente es la mente de un niño!

Ahora tiene ilusiones de que cuando crezca quiere ser presidente del país y millonario... un personaje de película. También pidió un perrito bulldog francés; es costosa esa raza. Como si fuera poco, la madre ya no quiere recibir más animalitos, pues tiene tres perros y un gato. Están en esa disputa, pero Joan va a ganar, es muy exigente con sus padres y tiene el carácter de su mamá: no para hasta que consigue lo que quiere. Y se pone muy obstinado.

Sus padres disputan mucho por esta conducta. Él le dice a la madre:

—No te quejes, que el nene es tu clon. Igual a vos. Y le vamos a tener que comprar el perro porque Joan es especial.

El niño sabe que le pide algo a su padre, y este lo consiente.

Igualmente, su padre ya ha averiguado sobre unos cachorros recién nacidos. El lunes 23 de septiembre, los van a vacunar y, unos días más tarde, estarán listos para entregarlos.

Joan sabe que su padre seguro le comprará el cachorro que le pidió, mientras siga en la escuela, sin pelearse con sus hermanos y comportándose bien en la casa. Él solo espera los días para que vacunen a su perro bulldog y lo tenga que ir a buscar y disfrutar. A la vez, tiene otras distracciones también para entretenerse, como jugar con su celular, con la Play Station a los jueguitos, con su perrita negra, paseando con su bici.

Joan sigue ilusionado esperando el día que vacunen al perrito y se lo entreguen. A veces se pone muy intenso con el tema preguntando dónde está, cuándo lo traerán.

Por suerte, a media cuadra de su casa, la madre tiene un terreno hace varios años. En ese lugar construyeron una pileta y un quincho, que está listo para alquilar para encuentros, cumpleaños. Ahí a Joan le gusta ir a pasar el tiempo.

A sus seis años, se hace el jefe de los albañiles, les da órdenes de que trabajen duro o los va a despedir... A veces sorprende lo listo que es; es muy sinvergüenza y les habla así a los mayores.

Mientras pasan los días, llega el tiempo de recoger a su perrito bulldog. La madre, que tanto se ha negado a tenerlo, es la primera en sostenerlo en brazos. Está enamorada del cachorrito. Al igual que León y su hermana Zaira.

Sin darse cuenta, el nuevo integrante trae alegría a la casa. Joan vino al mundo y trajo la abundancia a sus padres. Ahora desde que tiene a su perrita, está muy tranquilo, ya no le presta atención al celular ni a la Play Station. Está muy pendiente de la cachorrita llamada Graciela. Joan está feliz y eso es lo que más importa.



*¡Te amo, hijo, y siempre te acompañaré!*



## Cosas de la vida

---

Guillermo Francolino

Estoy esperando ese día en el que me digan: “Listo, hoy vas a volver a tu vida habitual, a poder disfrutar de lo bello que es la vida. Hoy recuperarás tu libertad”.

No pasan los segundos y las horas se hacen eternas. Solo espero con ansias cruzar las rejas para poder salir corriendo a los brazos de mi mamá y de mis hijos. Espero poder sonreír y jugar con ellos; empezar una vida nueva.

Me va destruyendo el pensar que una parte de mí acá se queda, que sos vos, hermano mío. Sé que somos diferentes y que nada te va a pasar porque aprendiste el respeto y la humildad, y a separar lo bueno de lo malo.

Quisiera olvidarme de este lugar, pero sé que por el momento no pasará. Al irme, volveré para cada visita, para hacerte reír y sacarte un poco de acá, ya que estarás esperando esa ansiada libertad.

De más está decir que a nuestra familia voy a cuidar y te voy a esperar para poder disfrutar juntos de cada momento, cada abrazo, de mamá y la familia.

Cuando llegue ese día tan ansiado, voy a venir a buscarte para que regreses a casa. Te amo con toda el alma.

Tu hermano más leal.

Se terminó de imprimir en abril de 2025, en la  
Editorial de la Universidad Católica de La Plata.

**Más allá de los muros,  
más allá de las rejas,  
habita la palabra.**

Esta antología reúne una serie de relatos, pensamientos y testimonios escritos por jóvenes y adultos alojados en la Unidad 32 de Florencio Varela, provincia de Buenos Aires, en el marco del programa *Pabellones Literarios para la Libertad*, una iniciativa conjunta del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos y el Servicio Penitenciario bonaerenses.

En *Cuentos del alma* emergen voces que encuentran en la escritura una forma de conectar con sus historias, sus familias, sus sueños y sus emociones. Cada relato es un reflejo de la resiliencia, una muestra de que, incluso en las realidades más complejas, la literatura puede abrir puertas invisibles.

Cada texto nos invita a la reflexión y nos permite, sobre todo, descubrir la capacidad del ser humano para reinventarse, incluso en los escenarios más oscuros.

Este título es el segundo de la colección *Voces desde dentro*, el espacio editorial que la UCALP inauguró en 2023 y que busca visibilizar y poner en circulación textos producidos en contexto de encierro.



EDITORIAL  
**UCALP**

